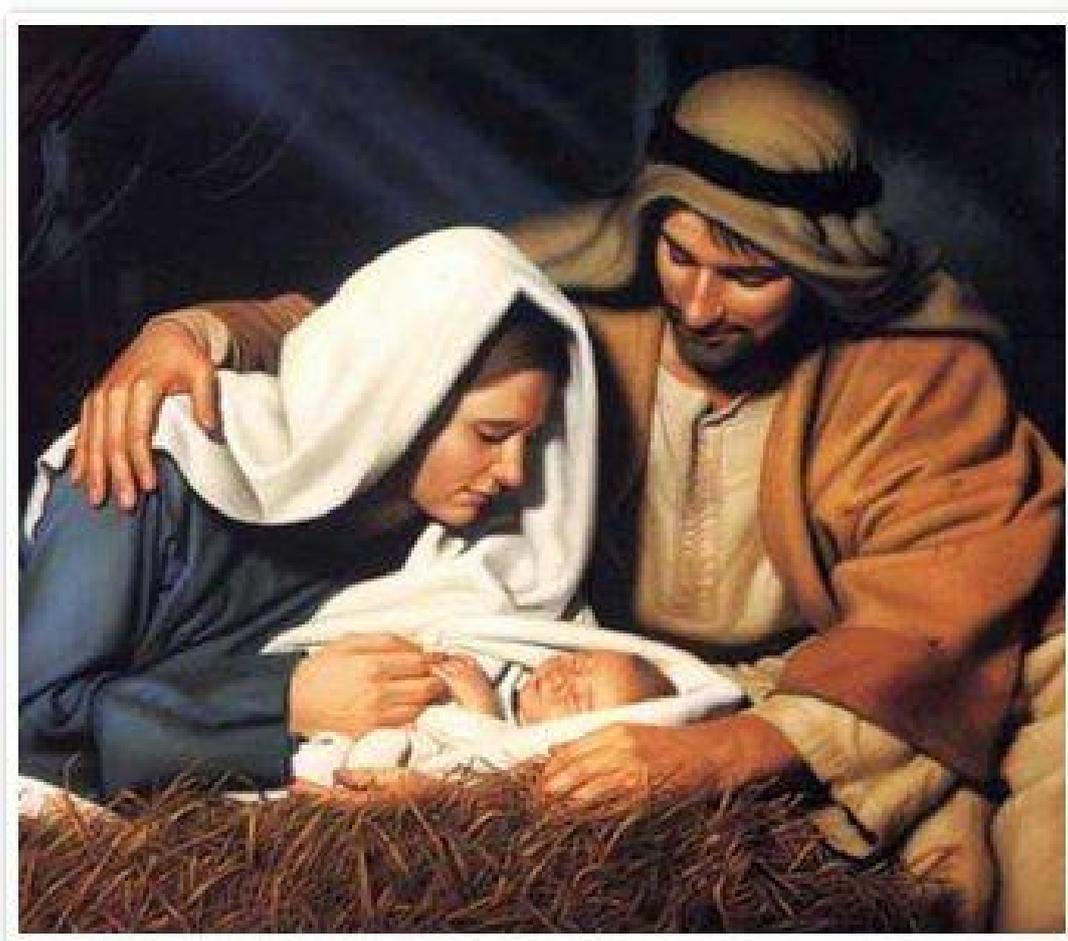


SEXUALIDAD, MATRIMONIO Y FAMILIA

APRENDER A AMAR LA VIDA



Eugeni del Inmaculado Corazón de María

Índice

Carta de presentación.....	3
1. MATRIMONIO Y FAMILIA CRISTIANA.....	4
1.1. Introducción	4
1.2. Dos virtudes primordiales	4
1.3. Hombre y mujer, personas humanas	5
1.4. Grandeza del matrimonio.....	5
1.5. Bendición del Sacramento	6
1.6. Elección y confirmación de la pareja.....	6
1.7. Preparación matrimonial.....	8
1.8. El acto sexual: placer, unión y procreación	9
1.9. Sublimidad del acto conyugal.....	10
1.10. Moralidad del acto conyugal	11
1.11. Características del amor conyugal.....	12
1.12. Aspectos del amor conyugal	16
1.13. Procreación y educación de los hijos	20
1.14. Honrar padre y madre (Ex 20,12; Da 5,16).....	21
1.15. Familia, Iglesia y sociedad	23
2. MORAL SEXUAL.....	24
2.1. Introducción	24
2.2. La masturbación.....	25
2.3. El acto sexual prematrimonial	25
2.4. Las parejas de hecho	25
2.5. Los matrimonios a prueba.....	26
2.6. Otras problemáticas	26
2.6.1. El acto homosexual.....	26
2.6.2. Las relaciones extraconyugales	26
2.6.3. La inseminación artificial y la fecundación <i>in vitro</i>	27
2.7. Algunas observaciones	27
2.8. Confianza en la misericordia del Señor	28
2.9. Testimonio sorprendente de conversión	28
2.10. Vital de Gaza, un santo ejemplar	29
3. SÍ A LA VIDA	30
3.1. Introducción	30
3.2. Grandeza de la vida humana	30
3.3. Procreación: prolongación del amor	31
3.4. Beneficios de la procreación.....	32
3.5. Amor conyugal y procreación.....	33
3.6. Paternidad responsable	34
3.7. Contracepción	34
3.8. Planificación Familiar Natural.....	36
3.9. Aborto	37
BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA.....	40

Carta de presentación

Antes de que lean el libro, me gustaría dar algunas aclaraciones. Este libro es el fruto de mis lecturas personales, de las ideas inspiradas que me venían a la mente y del esfuerzo de escribirlo en pocas palabras lo más entendibles posible.

Por lo que el resultado final es un libro estructurado y conciso con muchas ideas importantes fácilmente comprensibles. Su contenido es la forma que tiene la Iglesia de comprender la institución del matrimonio y la familia de acuerdo con el plan original de Dios.

Es un libro eminentemente práctico. Solo mirando el índice uno se puede dar cuenta de su gran utilidad, en un mundo donde se ven relaciones sexuales sin compromiso, donde casi todo el mundo utiliza anti-conceptivos, donde casi nadie conoce los beneficios de la planificación familiar natural y donde, finalmente, con tanta promiscuidad, se cae inevitablemente en el aborto. Este pequeño libro pretende que esto no suceda, que esta cadena fatídica de hechos se rompa.

Es válido para la misión, el catecumenado, la catequesis, las clases de religión católica, la preparación del sacramento del matrimonio, la homilía y la predicación apostólica.

Espero que les guste y les estimule a difundirlo de la manera o las maneras que mejor les vaya, pues creo que es así como el Corazón Inmaculado de María lo quiere, y que con toda seguridad dará su fruto.

1. MATRIMONIO Y FAMILIA CRISTIANA

1.1. Introducción

Querido amigo lector, todos venimos de una familia, pertenecemos a una familia. Unos podremos estar contentos, pero otros no. Es por eso que no da igual si la familia es de una manera o de otra. Hay que conocer bien qué es la familia, cuáles son sus valores esenciales.

- ¿Este no es Jesús, hijo de José? Conocemos a su padre y a su madre [...] (Jn 6,42)

1.2. Dos virtudes primordiales

En la relación de pareja dos virtudes son especialmente importantes para preservar y acrecentar el amor: la castidad y el pudor.

La virtud de la castidad a menudo aparece identificada en los medios de comunicación social con la continencia o represión de la sexualidad. Sin embargo, tal y como la entiende la Iglesia no tiene esta connotación negativa. Consiste más bien en moderar, juntamente con los sentidos y la imaginación, el impulso y el deseo sexual, con la finalidad de salvaguardar el valor de la persona:

Ésta es la voluntad de Dios: que cada cual sepa dominar su propio cuerpo con santidad y respeto, sin dejarse llevar por la pasión (1Te 4,4-5).

La falta de ésta puede conducir a acciones reprobables:

Aquel año los jueces designados de entre el pueblo eran dos ancianos [... los cuales] frecuentaban la casa de Joaquín, y quienes tenían algún pleito acudían a ellos para resolverlo. Cuando al mediodía se retiraba la gente, Susana entraba a pasearse por el parque de su marido. Los dos ancianos, que veían todos los días como entraba y se paseaba en él, sintieron el deseo de poseerla: [...] un día Susana entró en el parque como los otros días, acompañada solamente por dos sirvientas. Como hacía calor, tenía ganas de bañarse. No había nadie más en el parque que los dos ancianos, que la espiaban a escondidas. Susana dijo a sus sirvientas: -Traedme ungüentos y perfumes, y cerrad las puertas del parque, que me voy a bañar. [...] Tan pronto como se fueron las sirvientas, los dos ancianos corrieron hacia Susana y le dijeron: Mira, las puertas del parque están cerradas y no nos ve nadie. ¡Te deseamos, accede y yace con nosotros! (Dngr 2,5-21)

La virtud del pudor radica en el hecho de que no todo se puede mostrar, que hay cosas que hay que ocultar para proteger la dignidad personal. El individuo que

prioriza su cuerpo y su masculinidad o feminidad en su forma de aparecerse o relacionarse con los demás se expone a convertirse en objeto de placer, no de amor. Lo que hace la virtud del pudor es encubrir los valores sexuales en la medida que estos ofuscan el valor de la persona y dificultan el amor.

En toda relación sexual hay el peligro de que el amor no sea real, es decir, personal, que la comunión del acto sexual se desvincule del compromiso con la persona.

1.3. Hombre y mujer, personas humanas

Hombre y mujer, pese a ser sexualmente diferentes, con sus respectivas peculiaridades, son esencialmente iguales, personas humanas, dotadas de inteligencia y de voluntad, que difieren sustancialmente del resto de seres vivientes. Ambos son creados por Dios, a su imagen y semejanza.

Hombre y mujer, aún a través de su especificidad sexual, piensan, valoran y deciden libremente. Entre ellos no puede haber ningún sentimiento de superioridad o de inferioridad. Hombre y mujer comparten la misma dignidad de personas humanas. Nadie es más que nadie y, como dice Jesús, cada uno debe hacerse servidor del otro, capaz de sacrificarse y de dar la vida por él.

Hombre y mujer están hechos el uno para el otro. Cada cual se siente solo y necesitado de compañía, de alguien que le proporcione lo que le falta para llegar a ser uno completo. Cuando se juntan y se comunican es cuando son felices.

1.4. Grandeza del matrimonio

Es un vínculo permanente de amor y entrega entre un hombre y una mujer, establecido por el consentimiento mutuo, mediante el cual forman una unidad estable de vida, se tienen el uno al otro en exclusiva y de manera irrevocable:

Jesús les dijo: - ¿No habéis leído en la Escritura que el Creador, desde el principio, los hizo hombre y mujer? Y añadió: - Por eso el hombre deja al padre y la madre para unirse a su mujer y los dos forman una sola cosa. Por lo tanto, ya no son dos, sino una sola cosa. Lo que Dios ha unido, que el hombre no lo separe (Mt 19,4-6)

Esta unión radical entre hombre y mujer no se puede entender sino en referencia a los posibles hijos: «Dios creó el hombre a imagen suya, creó el hombre y la mujer. Y los bendijo diciéndoles: - Sed fecundos y multiplicaos [...] » (Gn 1,27-28).

1.5. Bendición del Sacramento

El amor conyugal, en sí mismo destinado a mantenerse incommovible — por el bien de los propios cónyuges, y el de los hijos, en el caso de que éstos existan—, está sometido a la fragilidad del *hombre viejo* (cf. Ef 4,22) creado a imagen de Dios, pero caído por el pecado: «[...] le has sido infiel, a pesar de que ella era tu compañera, la mujer con quien te habías comprometido!» (Ml 2,14) Y por ello, precisado del auxilio divino.

Los fieles cristianos, por medio del sacramento del matrimonio, confían su amor y la estabilidad de su unión a Cristo Esposo, que «ha amado a la Iglesia y se ha entregado a la muerte por ella» (Ef 5,25). La garantía de indisolubilidad para los esposos cristianos no es su propio amor, imperfecto y limitado, sino el amor de Cristo, que ama fielmente a su esposa, la Iglesia, y por la comunicación de su Espíritu, les hace capaces de amar tal y como Él ama, con un amor absoluto e indefectible: «Ni que las montañas se aparten ni que se muevan las colinas, mi amor nunca se apartará de ti» (Is 54,10).

En el sacramento del matrimonio no son el hombre y la mujer que se entregan el uno al otro, es Dios quien lo hace: «[...] lo que Dios ha unido, que el hombre no lo separe» (Mc 10,9). En consecuencia, se implica directamente a Dios en la mutua entrega amorosa de los cónyuges para que perdure en el tiempo, independientemente de lo que suceda, hasta que la muerte los separe.

Hombre y mujer son conscientes de su fragilidad para mantener estable su amor y por ello ponen su unión amorosa en manos de Dios y más propiamente en la persona del Hijo, que se entregó y dio su vida por su Esposa, la Iglesia.

Es Jesús, a través de su Espíritu, que garantiza que el amor entre los esposos sea para siempre, pues su amor es perfecto, sin tara, y no merma ni sucumbe ante nada, lo que permite a los cónyuges amarse, en cualquier circunstancia, con un amor persistente, fiel, aunque no siempre impecable. Por ello, es de vital importancia que hombre y mujer circunscriban su frágil amor dentro del amor indefectible de Dios por medio del sacramento del matrimonio.

1.6. Elección y confirmación de la pareja

¿Qué debemos buscar en la pareja? Ante todo, un buen corazón, un corazón puro, un corazón limpio, que no significa un corazón perfecto, sino un corazón que no tiene malas o segundas intenciones. Esto se conoce con el tiempo. A base de tratar con ella, uno se da cuenta de que es buena persona.

La pareja a escoger debe ser una persona capaz de amar, de mirar primero por el otro, por su bien, de ponerse en su lugar, de proporcionarle lo que necesita, de ayudarlo en todo lo que pueda. Una persona así es señal de una buena elección.

Por eso, pese a que cueste, para encontrar la pareja ideal y no equivocarse, es necesario poner atención en la belleza interior del otro, y no en la belleza exterior, que puede resultar engañosa. Hombre y mujer tienen tendencia natural a fijarse ante todo en la belleza exterior del otro y solamente después, en la belleza interior, cuando debería ser al revés: Lo primero que debería importar es la belleza interior, que la persona esté adornada de buenas cualidades, sea buena persona, tenga buen corazón, y luego irse enamorando de la belleza exterior. En este sentido, son de admirar las personas que se casan con otras que tienen alguna lacra social, como personas feas, lisiadas, obesas, ciegas, sordas, en silla de ruedas, con trastornos psiquiátricos, ex-prostitutas, ex-drogadictos, ex-alcohólicos, ex-presidarios, de otras etnias o razas, etc.

La confirmación de la pareja es un proceso que requiere tiempo. Te gusta una persona y piensas, ¿cómo puedo saber si es el hombre o la mujer de mi vida? No te debes precipitar. Lo mejor es comenzar despacio, por un primer contacto, y poco a poco ir intimando. De este modo irás conociendo cada día más cómo es esta persona, cuál es su carácter, cuáles son sus virtudes y cuáles sus defectos o excesos.

Si vas notando que la forma de ser de esta persona te gusta, te cautiva y te conmueve es buena señal. Te debes convencer de que esta persona encaja con tu forma de ser, que su carácter te da aquello que realmente necesitas, que te hace falta. Debes congeniar con ella, debes notar que es esa parte de ti que realmente te complementa y te hace sentir bien.

Enamorarse es captar el sentido de unidad que se tiene con la pareja. Se tiene la impresión que el otro es lo que le falta a uno, su complemento ideal, y que juntos forman la unidad. Las cosas que hace y dice la otra persona resultan agradables, atractivas. Lo cual se debe normalmente a que carecen o flaquean en uno mismo y por ello se admiran en el otro. Representan una llamada a la imitación, aunque esto la mayoría de veces no sea posible porque el propio proceder es distinto. Esta sensación de complementariedad, que uno es lo que le falta al otro, y de unicidad, que ambos forman uno, es una buena señal para confirmar la idoneidad de la pareja y poder iniciar una relación estable con ella, pero antes siempre es conveniente un tiempo de suficiente convivencia para acabar de decidir, pues puede haber determinadas facetas importantes en las que no se congenie lo suficiente. No hacer este discernimiento antes de juntarse o casarse, en el tiempo al que se llama noviazgo, es realmente peligroso. Muchas parejas, casadas o no, fracasan por no haber hecho este discernimiento previo.

Normalmente la persona tiene imperfecciones. Un criterio fiable para confirmar que se trata de la pareja de nuestra vida es que sus defectos y excesos no se ven o se ven poco, se aceptan y hasta se quieren. No sería un criterio favorable a la mutua compenetración y sintonía, que los viéramos demasiado o que experimentásemos un rechazo hacia éstos.

Esto no significa que no haya ciertas actitudes y conductas que no se puedan corregir. Pero serán actitudes y conductas al alcance de la pareja, que forma parte de su carácter. Al hablar de defectos y excesos nos referimos al temperamento de la persona, es decir, a actitudes y conductas muy ancladas en el interior, difíciles de

reformular, al menos, de modo permanente. Sin embargo, siempre queda el poder de Dios, que no tiene limitación, pues para Dios nada hay imposible.

La sensación que uno debe tener ante la pareja es que ha sido un don, un regalo del cielo: «Se ha cruzado en mi camino». Por eso, debemos rezar y quedar siempre agradecidos y contentos ante un presente tan grande, del cual debemos tener sumo cuidado, tal y como lo haríamos con el tesoro más valioso que tuviéramos en nuestras manos. Una oración específica para encontrar pareja es la siguiente:

Padre mío no sé cuál es mi vocación, cuál es tu voluntad sobre mí. En el caso que Tú quieras para mí una pareja, con el fin de santificarnos juntos y contribuir a la santificación de los otros, entrégame la que Tú creas que es mejor para mí. Cuida de ella, alívala de todo sufrimiento, libérala de todo pecado; consérvala en cuerpo, alma y espíritu para mí (a menos que ella no quiera).

Bendito seas Señor por el día en que comencemos a relacionarnos y a emprender el camino de ser uno en el amor y a convivir armoniosamente. Una vez casado concédeme la gracia de amar siempre a mi esposa (sea cual sea su situación), con todo mi ser (cuerpo, alma y sobre todo espíritu, que es la parte más divina, más pura). Y que se haga tu voluntad cuando, responsablemente, discernamos si podemos tener o no un hijo (más).

Amor mío, que Jesucristo te proteja y ampare siempre, y te conceda gozo y paz a mi lado. Que unidos a Él, el Espíritu Santo nos lleve, el mayor tiempo posible juntos, para mutua recreación y por el camino que quiera el Padre de amor profundo e intenso a sus hijos y nuestros hermanos particularmente necesitados de nuestra oración y de nuestra entrega de la vida para su conversión y santificación.

1.7. Preparación matrimonial

El noviazgo es algo serio: excluye toda la ligereza, toda oferta prematura; no se puede reducir a una curiosidad o pasatiempo juvenil. Precisa por parte de los pretendientes confirmar la autenticidad de su amor, esto es, la mutua voluntad de una dación total de sus vidas, que no debe confundirse con experimentar simple atracción, deseo o simpatía. Lo que exige una sintonía o afinidad personal entre ambos, los cuales tienen que aparecer hechos tal para cual, referidos y destinados el uno al otro:

El Señor-Dios les dijo: -No es bueno que el hombre esté solo. Le haré una ayuda adecuada que le respalde. [...] Con la costilla que había junto al hombre, el Señor-Dios hizo a la mujer, y la presentó al hombre. El hombre exclamó: -Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne! Su nombre será "mujer", pues ha sido tomada del hombre (Gn 2,18-23)

Los maridos deben amar a la mujer como a su propio cuerpo. Quien ama a la mujer se ama a sí mismo. (Ef 5,28)

Los contrayentes deben tener una idea ajustada sobre la identidad del matrimonio, y capacidad de asumir sus obligaciones esenciales (la comunión de vida y de amor, la procreación y la educación de la prole). El error sobre la identidad del matrimonio deseado positivamente, y la imposibilidad de asumir sus obligaciones esenciales por causa de naturaleza psíquica, invalidan el matrimonio.

Cuando en uno de los esposos hay evidencia objetiva que no comprende ni pone en práctica lo que es amar, el matrimonio puede ser declarado nulo por no haber una comprensión y una práctica del amor, que exige saber salir de uno mismo y entregarse al otro.

Los contrayentes tienen que formarse un juicio verdadero sobre la persona y las cualidades de la persona con quien se quieren casar. El error de juicio sobre la persona, sus cualidades, o una de ellas cuando se pretende directamente, también invalidan el matrimonio.

Por consiguiente, la incompatibilidad manifiesta de cualidades esenciales entre los cónyuges, es motivo de nulidad matrimonial.

1.8. El acto sexual: placer, unión y procreación

Sentirse atraído por una persona del otro sexo es normal. Hombre y mujer son complementarios, el uno se siente atraído por el otro. Sin embargo, hay que preguntarse qué se busca en el otro: placer, afectividad, amistad o amor. Son cosas diferentes.

Si solamente buscas el placer sexual, la relación con el otro carece totalmente de vínculos hacia esta persona. Solo te estás relacionando para disfrutar con ella del sexo y luego ya no te acuerdas.

Es algo bueno, que en esta relación sexual haya ternura, expresión mutua de afectividad, pero todavía no hay ningún tipo de compromiso. La relación es puntual y carece de continuidad.

Si además de la relación sexual, mantienes una relación de amistad con la otra persona, entonces mucho mejor: esto hará que en el acto sexual se exprese cierta vinculación personal, pero seguirá siendo limitada. Todavía no es amor verdadero.

Lo perfecto a los ojos de Dios, es que, entre hombre y mujer, además de la unión sexual, haya la unión de las personas, es decir, que haya un don total recíproco del uno al otro. Y más aún, cuando en todos los casos se puede dar el engendramiento de un tercero.

Como puedes ver, hay una gradación. No es lo mismo que en la relación sexual sólo haya búsqueda de placer por simple atracción sexual, o que además haya manifestación de afectividad; y que sea expresión de simple amistad, signo de una cierta intimidad, o que sea expresión de auténtico amor, que es un compromiso total de las vidas entre hombre y mujer.

Me puedes decir que esto de que tenga que haber sexo y amor necesariamente es ser muy exigente. Y es verdad, lo es, pero si te fijas el uno exige al otro. La unión de los cuerpos, susceptible de engendrar una nueva vida humana, exige la unión de los espíritus. ¿Cómo puede la unión íntima de los cuerpos ser una verdadera expresión de amor, si no hay una unión total de las personas? ¿Cómo puede haber una relación sexual vinculada a la posibilidad de concebir un hijo sin que haya una unión previa de las personas? La unión sexual es óptima cuando hombre y mujer están unidos entre sí, se aman de verdad, del todo, irreversiblemente, o, dicho de otra forma, cuando es factible la generación de un tercero.

El acto sexual hoy en día se entiende como una forma de pasarlo bien. Es el culto al dios placer. El uno se sirve del otro para tener placer. Sería equiparable a la sexualidad animal.

La unión sexual entre hombre y mujer es verdaderamente digna cuando existe amor verdadero, cuando expresa la entrega total mutua, de otro modo sería un acto transitorio, egoísta. El acto sexual, que es a la vez unión personal, es el único que puede ser totalmente complaciente y satisfactorio para ambos, porque solo en este caso expresa el vínculo permanente de vida y de amor entre los dos.

La diferenciación sexual entre hombre y mujer no es porque sí, tiene su razón de ser: la comunión de vida y de amor. La mutua atracción y compenetración entre ellos lleva a su unión. El uno es lo que le falta al otro para ser completo, dada su mutua necesidad y satisfacción. Exige el don total recíproco en una comunidad de vida y de amor inalterable. La unión sexual es el símbolo por excelencia de la unión total de la pareja que está inevitablemente ligada a la procreación, lleva inscrita en su misma naturaleza la posible concepción de un nuevo ser humano. Solo dentro del núcleo de vida y de amor instaurado y vivido por ambos, tiene sentido la generación de un tercero, que a su vez refuerza la unión entre ellos.

El acto sexual entre hombre y mujer es susceptible de engendrar una nueva vida humana sólo durante el periodo fértil de la mujer. Por ello, la celebración previa del matrimonio, una comunidad permanente de vida y de amor, es el ámbito apropiado para recibir el posible nuevo ser humano.

La transmisión de la vida humana tiene su origen y cobra sentido en la unión indisoluble de padre y madre. Sólo en el amor inequívoco entre los cónyuges tiene razón de ser la generación del hijo y la prolongación del amor en él, quien a su vez sostiene y refuerza la unión de los padres.

Así pues, en el acto sexual, placer, unión y procreación están profundamente conectados entre sí sin que el uno pueda prescindir del otro.

1.9. Sublimidad del acto conyugal

Es la fiesta del amor, el regalo de sí mismo a Cristo en el cónyuge, el acto sublime de celebración de toda la alegría de la vida en común.

Cuando en la unión de los cuerpos no se encuentra la de los espíritus, no es más que un contacto sensitivo y afectivo pasajero, una coincidencia transitoria de egoísmos, pero no una verdadera expresión de amor en un compromiso total de las vidas, como lo señala y precisa la naturaleza del propio acto, el cual está estructuralmente vinculado a la procreación.

Es un momento de especial presencia de Dios, pues, de tener lugar la concepción, en el mismo instante el Espíritu divino infunde *el hálito de la vida* (Cf. Gn 2,7) al cuerpo embrionario.

No puede faltar la invocación de Dios:

Cuando los padres de Sara hubieron salido y cerrado la puerta de la habitación, Tobías se alzó de la cama y dijo a Sara: -Levántate, hermana mía. Oremos a nuestro Señor y supliquémosle que haga descender encima nuestro su amor y su protección. Sara se levantó, y los dos se pusieron a rezar. [...]: -Bendito seas, Dios de nuestros padres. [...] Si yo tomo ahora a esta hermana mía, no es por deseo lujurioso, sino por un amor sincero. Apíadate de nosotros dos, haz que lleguemos juntos a la vejez. Entonces añadieron ambos a la vez: -Amén, amén. Y durmieron durante toda esa noche. (Tb 8,4-9)

Es necesario orar para vivir bien el acto conyugal, no *por un deseo lujurioso, sino por un amor sincero*. El acto sexual está vacío, incluso dentro del matrimonio, cuando la comunicación de los cuerpos no es la expresión de la entrega de las personas, cuando es el simple desahogo o satisfacción egoísta del propio instinto, el mero uso del otro para la obtención del propio placer.

El matrimonio no es la legitimación, sin más, de toda actividad sexual. La reducción del acto conyugal al encuentro genital sin que haya más manifestaciones de amor, y la perpetración de caprichos sexuales que son degradantes de la dignidad de la persona, son formas pecaminosas de vivir la sexualidad dentro del matrimonio.¹

1.10. Moralidad del acto conyugal

El principio moral que se aplica en el caso de las intimidades entre los esposos es que es lícito todo lo que se haga a condición de que cumplan dos condiciones: 1) que no haya peligro próximo de polución, 2) que se ordenen a la realización de una relación sexual normal.

Teniendo en cuenta estos principios, es fácil deducir las aplicaciones prácticas: son lícitos los actos preparatorios o complementarios del acto conyugal (tactos, besos, abrazos, miradas, conversaciones...), con tal que no envuelvan peligro próximo de polución y se hagan con la intención de realizar el acto principal.

¹ Emiliano JIMÉNEZ: Matrimonio, comunidad de vida y amor. Madrid, 2005, pp. 128-131.

El orgasmo es la culminación natural de un acto pleno. Por tanto, no puede ser buscado fuera de un acto sexual completo, ni por el varón ni por la mujer. Sólo no constituiría pecado si, en alguna circunstancia sin buscarlo, uno de los dos lo experimentara accidentalmente.

Son actos más imperfectos entre los cónyuges, los que son también más cercanos al peligro de polución: el tocarse con la boca o con la lengua en los genitales y cosas similares. Esto es común a estos actos, y a los demás actos imperfectos, aunque en estos se da en mayor grado.

Los actos de sexo oral, al no estar del todo bien ordenados, deben considerarse imperfectos, pero no son pecado si no buscan la polución, sino que se hacen como preparación al acto conyugal.

Los actos mutuos imperfectos, que implican peligro próximo de polución, tampoco son pecado, si se realizan por grave necesidad, o por grave utilidad o decencia, sin que haya consentimiento: para alimentar o hacer nacer el mutuo amor; para alejar la sospecha de infidelidad o amor hacia otra persona; o por peligro de adulterio; para obedecer al pedido de la otra parte; o para compensar en cierto modo cuando no se puede o por justa razón realizar el acto completo.

Los actos imperfectos que por su misma naturaleza se prevén unidos al peligro próximo de polución, o son una polución incoada (los tactos mutuos y prolongados de los genitales), sólo pueden permitirse si se hacen en aquellas circunstancias en que los cónyuges pueden pasar inmediatamente a la cópula conyugal.

(Cf. Noldin, De usu matrimonii, Summa Theologiae moralis, Complementa, I. De sexto praecepto et de usu matrimonii, n. 94)

1.11. Características del amor conyugal

a) Es limitado:

El amor divino es ilimitado, infinito. No tiene principio ni fin. Siempre ha sido, es y será. Se manifiesta concretamente en la creación del cosmos y del hombre, y en la venida histórica de la persona de Jesús de Nazaret, el Hijo unigénito del Padre, crucificado y resucitado, por nuestros pecados y nuestra salvación.

Y su amor no perece, sino que permanece en el don del Espíritu Santo y en la comunión con su cuerpo y sangre en el Pan eucarístico, hasta su venida definitiva.

El amor divino es inefable. No se puede comprender totalmente. Pero sí se puede percibir que es algo que la persona necesita, que ha de recibir y que por lo tanto también debe dar.

El amor humano nace del fondo del corazón y se traduce en actos concretos, que siempre son en beneficio de los demás. Pero en su caso el amor es limitado, finito, en la intensidad y la durabilidad. Por ello, es bueno recurrir en todo momento al

amor inconmensurable y eterno de Dios. A ese respecto, cuentan de la madre Santa Teresa de Calcuta que tuvo un bebé entre sus brazos tres horas hasta que se durmió.

No hay una única forma de amar. Las hay muchas y muy variadas. Cada cual ama a los otros de acuerdo con su manera o sus maneras más propias de amar.

El ser humano experimenta habitualmente en su amor hacia el otro la incapacidad, la impotencia: «No entiendo qué hago, porque no hago lo que quiero, sino lo que detesto [...]: no hago el bien que querría, sino el mal que no querría» (Rm 7,15.19). Y se da cuenta que a menudo falla en su grado de entrega, de abnegación, por causa del amor propio.

Uno desearía amar al otro en todo momento y ve que no puede, que su corazón está herido por el «pecado de origen, que ha heredado», y que se rebela aún sin quererlo. Solamente Dios puede subsanar esta situación depositando en el corazón del hombre el amor fiel, perenne a «su prójimo».

La vida ofrece cada día al hombre ocasiones de realizar actos de amor, pero, por motivo de la prioridad de sí mismo sobre los demás, con frecuencia se resiste a llevarlos a cabo y se siente frustrado. También aquí solamente Dios puede resolver esta situación poniendo en el corazón del hombre un amor sacrificado, que se olvide de sí mismo para complacer a los demás las veces que sea preciso.

El amor conyugal es fugaz; no queda estable, sino que pasa. Esta situación remite a la necesidad de un amor permanente, constante, que solamente Dios puede dar. Por eso, hombre y mujer deben confiar siempre en Dios y refugiarse en Él para conservar siempre el amor creciente del uno hacia el otro.

El amor que el hombre y la mujer se dan libremente no es algo que se pueda desdecir. La experiencia desgraciadamente nos dice que el hombre pierde su amor por la mujer y viceversa. Si bien el amor del hombre por la mujer se tambalea y viceversa, es seguro que el amor de Dios por su criatura no se desdice nunca. Dios no deja nunca de amar la obra de sus manos, su amor predilecto, a pesar de «su pecado». Si el amor entre hombre y mujer es rompedizo, cuando debería mantenerse para siempre, recíprocamente, el amor de Dios por la persona es inamovible, inalterable. Por eso es bueno que hombre y mujer busquen ya ahora, en el tiempo, el amor de Dios como primicia del amor inacabable en la eternidad.

b) Proviene de Dios:

¿Cuál es el origen del amor entre los esposos? Se puede creer que es uno mismo quien ama y el origen del amor. Pero no es cierto. Se ve que no es así precisamente cuando uno falla en el amor, cuando uno atenta de algún modo contra el amor. Entonces es cuando uno se da cuenta que no es el origen del amor, que «el amor es de Dios», pues «en esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado, sino en que Él nos amó», de manera que «quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor» (cf. 1 Jn 4,7.10.8). El hombre recibe directamente de Dios el amor y es a partir de este amor que ama a los demás. No es “propietario” del amor, sino “administrador” del mismo. No lo recibe para quedárselo, sino para darlo a los otros y que se multiplique.

Creer que el amor que uno da al otro es propio, es caer en la mentira. Es porque Dios ha amado primero al hombre que el hombre puede amar a Dios y al prójimo. Igualmente puede parecer que el hombre posee ciertas cualidades, y es cierto, pero no es menos cierto que estas cualidades son un don de Dios, una participación en su vida de amor entre Padre e Hijo en el Espíritu Santo. Dios uno y trino, Dios “familia de amor”, se da a sí mismo, nos da su propia vida, en Cristo por el Espíritu Santo, para que nosotros podamos ser y vivir como Él, felizmente unidos en el amor.

Los esposos se prometen mutuo amor para toda la vida, se vinculan el uno al otro definitivamente. Ambos forman «una sola carne». Deben ser conscientes de que el amor que se profesan proviene de Dios y que deben permanecer en Él, estar unidos a Él, para amarse mutuamente con fidelidad. Y cuando experimenten dificultades o se vean asediados por la tentación deben acudir inmediatamente a Dios a través de la oración. La fragilidad del amor conyugal recibe su estabilidad del amor de Dios que nunca falla, es inmutable.

La garantía de los cónyuges de que su amor no decaerá, que será siempre creciente, no es otro que el mismo Dios, quien en su seno es amor eterno, infinito entre Padre e Hijo en el Espíritu Santo. Hay que recurrir siempre a Dios, de forma constante, para amar continuamente al otro y en caso de tropezar levantarse cuanto antes. Los cónyuges deben confiar y esperar siempre en el amor de Dios a fin de amarse verdaderamente y con perseverancia.

Así como Dios Padre nos ama, en Cristo por el Espíritu Santo, nosotros debemos amar a los otros, y más aún, si tenemos presente que son igualmente hijos amados suyos y a la vez hermanos nuestros, y que necesitan tanto como nosotros ser amados y amar para realizarse y ser eternamente felices.

c) Es incondicional:

El amor entre hombre y mujer es sobre todo algo intuitivo, como una iluminación sobre el entendimiento de ambos que les deja la impresión que el otro es la pareja de su vida. La persona sin saber exactamente por qué, se da cuenta de que el otro le va como anillo al dedo. Como decía el padre Josep Maria Fontdevila, el amor no necesita ningún motivo: amo a esta persona porque la amo. Y la razón es que, si se casan por motivos, también se separan por motivos.

Ahora bien, el amor no puede ser irracional, debe ser razonable. Que una persona pueda ser una pareja adecuada a otra depende del hecho de que ésta tenga las cualidades idóneas para ella y viceversa.

Pero el amor no se puede quedar con ninguna cualidad en concreto, sino con el total de la persona, porque cualquier cualidad es susceptible de cambio o de pérdida: algún rasgo peculiar del carácter puede cambiar (de ser una persona habitualmente dócil, paciente a ser una persona más mordaz y agresiva), la belleza se pierde con la edad, la energía disminuye con el paso del tiempo. Y no solo cambian o se pierden algunas cualidades, sino que las circunstancias de la vida también son variables: una persona que hasta el momento estaba sana de repente puede enfermar, otra que hasta entonces tenía un buen trabajo lo puede perder o ganar menos dinero, etc. Por eso, el

amor demanda siempre ir más allá de lo exterior, a lo profundo de la persona. Sea cual sea la situación, por dura que resulte, uno debe mantenerse en la simple voluntad de amar, de persistir en el amor, de permanecer fiel, según sus facultades, sin forzar, buscando siempre el apoyo de Dios.

El amor que es verdadero, pide ser para siempre, inalterable. Es una decisión de la voluntad, libre, siempre posible, a no ser que se haya perdido el juicio o la razón. Hombre y mujer se comprometen a amarse recíprocamente, para siempre, sean cuales sean las circunstancias. Es un amor incondicional, en el que no existen condiciones. De no ser así, el amor no sería verdadero, pues su permanencia dependería de las circunstancias particulares, y no de la voluntad de cada uno.

No es digno del amor conyugal, que requiere una donación total, el hecho de que uno deje de amar —abandone— al otro porque han cambiado las condiciones de vida. Ni tampoco lo es pensar que el amor, tarde o temprano, puede acabar, para dar paso a una nueva relación (perjudicando gravemente a los hijos, si los hay). Los esposos siempre tienen, con la ayuda de la gracia, la capacidad de amarse el uno al otro. Es cuestión de querer. Si los dos se aman firmemente es imposible que la unión se rompa, porque el amor lleva a asumir todas las vicisitudes, por penosas que sean, a afrontarlas y, en el caso de ser posible, a superarlas conjuntamente. El amor recíproco es el antídoto infalible para conservar la unidad conyugal. Ambos deben poner de su parte, aceptarse y apoyarse mutuamente, cada cual de acuerdo con sus «talentos».

El amor conyugal solo se puede quebrar si uno de los dos miembros libremente decide dejar de amar al otro. Entonces el amor no puede subsistir y necesariamente debe haber una separación —abierta a la posibilidad de una reconciliación— por el bien del cónyuge desdeñado, que no puede ser obligado a convivir con una persona que no la ama, que voluntariamente le niega su amor.

Dios nos pide a todos que le amemos como tal, por ser quien es, principio, centro y fin de todas las cosas, y que nada ni nadie ocupe su lugar, ya que, como Dios, fuente de amor y de vida bienaventurada, merece más que nada ni que nadie ser amado. El hombre, a lo largo de su existencia, puede tener diversos afectos, pero ninguno de ellos puede ocupar el lugar preeminente que corresponde a Dios como sumo bien.

También el hombre y la mujer deben amarse con un amor unívoco, sin fisuras, de forma exclusiva. De lo contrario se produce la infidelidad, que es la traición de uno hacia el otro.

El amor conyugal es una vocación: hombre y mujer están llamados a formar una comunidad de vida y de amor. Romper este vínculo de unión específicamente conformado para engendrar, cuidar y educar a la prole, es caer en la deslealtad: "ahora ya no te amo". Es un acto de rechazo, no solo, de un cónyuge al otro, que se siente repudiado por la persona en quien había depositado su confianza, sino también del hijo o hijos, en el caso de tenerlos, que dejan de sentirse amparados por el núcleo familiar existente hasta entonces.

1.12. Aspectos del amor conyugal

En el matrimonio lo que vale es amar. Lo contrario al amor es el egoísmo o amor propio. El amor tiene una doble expresión: activa, de entregar, de servir, y pasiva, de soportar, de abstenerse; las dos, en beneficio del prójimo.

Amar es negarse a sí mismo, lo que equivale a poner el punto de mira en el otro. Es un continuo olvidarse de sí mismo para pensar y actuar cada vez más en favor del otro.

Uno debe mirar por el otro, qué es lo que le gusta, lo que quiere, y debe procurar darlo, satisfacerlo, siempre que sea lícito. Pero a su vez el receptor beneficiario debe ser comprensivo y paciente si el otro experimenta dificultades o limitaciones para ofrecerle aquello que anhela o necesita, y si puede tiene que ayudarle o colaborar con él.

Amar también es abnegarse, saber perder, no por uno mismo, sino por amor al otro. Entre varios trozos de pastel se trata de escoger el más pequeño, no por no comer tanto, sino para dejar los trozos más grandes al otro.

El secreto de la comunión en el matrimonio no es otro que el amor. Cuanto más se ame al otro, mejor. Esto significa dar para poder recibir, abnegarse para poder ser privilegiado. Mantener la comunión conyugal exige sacrificar la propia voluntad a favor de la voluntad del otro. Por ejemplo, cuando uno enferma, el otro debe dejar *sus cosas* y atender al enfermo. Esto como todo lo que se refiere al amor, hay que pedirselo a Dios, quien es la fuente maravillosa, gratuita e imperecedera del amor.

El amor debe ser gratuito, no hay que esperar a que el otro dé, para entonces dar, sino que hay que anticipar, ser primero, sin esperar nada a cambio. Si los esposos están atentos, los reclamos de amor son numerosos y continuos.

Hay diversas formas de amar:

a) Ayudar: Es una manera concreta de amar. Sólo tenemos que pensar en lo bien que nos sentimos cuando alguien nos ayuda. Además de pensar en hacer lo nuestro, debemos pensar en lo que tiene que hacer el otro, y ayudarle si podemos y lo necesita.

b) Ser paciente: Hay que serlo, pues los cambios no se dan inmediatamente, hace falta tiempo para que se puedan dar. Es como un vaso de agua, que gota a gota se va llenando. Muchas gotas han caído en el vaso, pero sólo la última lo ha colmado.

c) Ser comprensivo: Es conveniente para conservar la armonía, pues hay cosas que no se pueden pedir al otro, porque no las puede llevar a cabo o le es muy difícil, sería injusto hacerlo y sólo provocaría más conflicto. En este caso uno debe procurar hacer lo que el otro no puede o lo que le cuesta mucho, y éste le estará agradecido

d) Ser respetuoso: La propia voluntad no se puede imponer al otro, a no ser que sea algo realmente importante e ineludible, y que pueda realizar. No se puede obligar al otro a hacer aquello que no desea. Es mejor ponerlo en manos de Dios y

desentenderse. Dios ya tiene *sus recursos* para reconducir a la persona de acuerdo con el justo deseo de quien le ama y le desea bien.

e) Ser flexible: En la cotidianidad de la vida diaria cuando uno menos se lo espera surgen puntos de vista dispares. Fácilmente la pasión del momento lleva a posturas intransigentes, a disputas encendidas y a la pérdida de la caridad. Ya aquí se ve la importancia para la pareja de vigilar, de estar atentos para no discutir, de no querer tener la razón a ultranza y no romper la comunión. Para evitar la discordia, muchas veces hay que darse cuenta de que no son puntos de vista opuestos, sino diferentes. Lo que uno piensa desde su punto de vista es cierto, pero no es menos cierto lo que piensa el otro desde su parecer, porque ambos no ven las cosas de manera opuesta sino la misma cosa desde perspectivas diferentes, y habrá que hacer un discernimiento para saber cuál perspectiva es mejor.

f) Valorar: Amar al cónyuge es reconocer su valía, admirar sus cualidades, sorprenderse por las virtudes que manifiesta. En definitiva, para amar hay que apreciar. Quien no aprecia no ama. Amar es recrearse en el otro, quedarse maravillado de su ejemplo y de sus palabras. Uno queda boquiabierto por la forma de ser del otro, por lo que hace y dice, aprende e intenta reproducirlo, lo cual no es siempre fácil porque las cualidades que uno tiene y desarrolla suelen ser diferentes

La dificultad en valorar al otro está en que actúa de manera diferente a nosotros y pensamos que está equivocado, que su forma de proceder no es correcta. Pero eso no siempre es así. Todo depende de la forma de ser de cada cual, de la tendencia a comportarse de una manera determinada. Por ejemplo, es tan legítimo hablar mucho como hablar poco. Lo importante es la caridad. Tanto si se actúa de una manera como si se actúa de otra, si se hace por amor, es correcto y puede ser enriquecedor. Lo que hay que hacer no es rechazar la conducta que se muestra diferente a la nuestra, sino todo lo contrario, observar la conducta del otro para aprender de ella, darnos cuenta de que nos puede equilibrar, y a ser posible imitarla.

g) Santificar: No basta con querer ser santo, hay que querer la santidad de los otros. Uno es santo en tanto procura la santidad de los otros.

Amar es ir santificándose uno mismo para ir santificando a los demás. Uno debe hacerse semejante a Jesús, llenándose de su Amor y comunicándolo para contagiar de amor a los otros.

Jesús desea que seamos como Él y quiere entregárnoslo todo. Por eso nosotros todo lo que tenemos y todo lo que somos de bueno, lo tenemos que dar a los demás para que estos también lo tengan y lo sean.

En la búsqueda de la santidad hay un peligro, centrarse en sí mismo, cuando la santidad está precisamente en lo contrario, en centrarse en los demás, en procurarles todo el bien que se pueda, como Jesús que se da a sí mismo para que nosotros seamos como Él. Salir de uno mismo y buscar la forma de amar al otro para que éste sea feliz, he ahí el secreto y la esencia de la santidad.

En la devoción a la divina misericordia hay una jaculatoria que dice así: “Oh sangre y agua que brotaste del corazón de Jesús como una fuente de misericordia

para nosotros, en Vos confío”. Hemos de tener una confianza total en Jesús, pues él ha querido nuestra redención hasta el punto de entregarse a la muerte, y una muerte de cruz.

El orgullo en una pareja es lo peor que puede ocurrir. Que uno de los dos se crea superior al otro es pernicioso y falso: ambos tienen cualidades que les ha dado Dios, y también debilidades por razón del “pecado original” heredado generación tras generación y sus funestas consecuencias: la inclinación al mal, las enfermedades, los sufrimientos y, finalmente, la muerte corporal. Si Dios soltara de su mano al cónyuge orgulloso, caería en los mismos errores y sería peor que el cónyuge a quien cree inferior. No hay nada propio, todo es recibido, y de la misma forma que se tiene se puede perder.

Cuando uno se cree superior al otro y se conforma con eso, ya no hay amor. Para que haya amor tiene que haber el deseo de que el otro sea tan o más santo que uno mismo, ya que ello significa que tiene más capacidad de amar, o sea, más capacidad de proporcionar felicidad al prójimo. Cada miembro de la pareja debe procurar que el otro sea perfecto, que no haya en esa persona pecado alguno, sino virtud, y debe orar para que esto sea así. Debe tener en cuenta que Dios puede mucho más de lo que podemos nosotros.

La avaricia, el querer ser más santo que el otro, también es una falta de amor. La santidad precisamente no está en querer acaparar la perfección, sino en comunicarla, irradiarla, para que sea comuna, para que la otra gente se beneficie de ella —no haya en ellos pecado sino virtud— y puedan a su vez beneficiar a los demás.

Igualmente, la envidia es un atentado contra el amor, porque uno, en lugar de entristecerse e irritarse porque el otro tiene más perfección o es más santo, debe alegrarse, desearlo y procurar que sea así, mediante el ejemplo, la oración y la palabra, puesto que ello conllevará un mayor y mutuo bien.

La ayuda de Dios nunca falta. La unión con Él por la oración y los Sacramentos es el camino de la santidad. Él quiere hacer de nosotros una *figura* maravillosa. Ambos cónyuges se consagran a Él en el sacramento del Matrimonio, y siempre que le hagan caso, le respondan positivamente, Dios les conducirá, les sugerirá conductas a practicar cada vez más perfectas. Dios, a partir del diálogo amoroso con Él, en la oración, y del encuentro amoroso con Él, sobre todo, en los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, va moldeando y perfeccionando a los esposos.

h) Perdonar:

Cuanto más se ama al cónyuge, mejor cristiano (discípulo de Cristo) se es. Para amar al cónyuge hay que saber perdonar siempre, pensar que uno mismo también falla. Hoy le ha tocado a él, pero mañana puede tocar al otro. Nos tiene que saber mal y más aún si no nos pasa a nosotros.

Lo que uno puede hacer es intentar hacer comprender al otro que se ha equivocado -para que procure no volver a hacerlo-, pero después debe olvidarlo y ponerlo en manos de Dios, quien actúa en el fondo del corazón.

Es un error -que no es fácil de evitar- comentar con amigos y familiares las imperfecciones del otro. No se gana nada con ello, sólo hablar mal de él. Es mejor fijar la atención en sus cualidades, que mayoritariamente difieren de las propias y muestran su superioridad, a la vez que ser consciente de la propia debilidad.

Criticar sin más, sin intención de que el otro sepa en qué falla, no mejora nada y empeora la bondad que uno tiene en el corazón. Es mejor callar, poner la confianza en Dios y esperar en su acción misericordiosa.

Lo que se puede hacer, si no le hace caso, es buscar el apoyo de personas íntimas, sabias y cautas, para hacer más fuerza y convencerle de que tiene que procurar enmendarse en tal actitud o conducta equivocada. Y, en cualquier caso, rogar a Dios para que le ayude a ver y corregir sus errores.

i) Amar a todo el mundo:

Dios quiere el amor universal, que no sólo amemos a nuestra familia y a nuestros amigos, sino también a nuestros compañeros de trabajo, toda persona que tenga relación con nosotros, porque todos son hijos del mismo Padre, igualmente amados por Él.

Cuando Jesús habla de amar al prójimo, habla del que está cerca de nosotros, del que pasa por nuestro lado, independientemente de su raza, de su condición personal, de su estatus socioeconómico o de su afección particular. Debemos prescindir de las etiquetas, de los tópicos y de las manías que tengamos. Debemos suprimir cualquier barrera que nos separe de los demás, de los que no son como nosotros pensamos que deben ser.

j) Ser generoso:

Debemos demostrar que amamos a los demás, debemos amarlos abundantemente, que ellos se den cuenta, pero sin afectación, sin aires de notoriedad, solo para que lo vean y lo puedan imitar.

El amor generoso debe llegar a ser como el de Jesús y su madre, que eran capaces de desprenderse hasta de aquello que les hacía falta para darlo a los más necesitados. Como mínimo deberíamos ser capaces de dar -parte o todo lo que nos sobra- a personas que sepamos que realmente lo necesitan o a entidades benéficas de confianza.

k) Aceptar las contrariedades:

En la vida cotidiana de toda persona ocurren contrariedades. El sufrimiento forma parte de la vida. ¿Cuál es la actitud más adecuada ante ellas? Si son inevitables ciertamente no es el rechazo, rebelarse contra ellas, que aún haría sufrir más, sino la aceptación, la conformidad, que dulcifica la pena. La actitud de aceptar las contrariedades, de abrazarlas con amor, alivia el dolor. Por más que nos disgustemos, no por ello las contrariedades desaparecerán. Obviamente, esto no excusa, cuando es posible, de hacer todo lo que esté en nuestra mano para superarlas.

A todo el mundo más o menos le pasan cosas negativas que resiste como puede. Dios está siempre al lado del hombre para ayudarlo, por lo menos, a soportar el aprieto y, si es apropiado, a liberarlo del sufrimiento, pues nadie como Él, en la persona del Hijo (Jesús), sabe lo que es sufrir. En cualquier caso, hace falta que el hombre pida a Dios con insistencia ser librado del mal que le aflige.

1) Vencer las tentaciones:

La persona se siente tranquila, en concordia, hasta que se introduce en ella una desviación maléfica de las rectas disposiciones del corazón: orgullo, avaricia, envidia, ira, lujuria, pereza, gula, que le aleja del amor a Dios y al prójimo.

La forma de salir de esta situación negativa es la oración, la invocación de Dios Padre, que, en la persona del Hijo, muestra que es todo lo contrario: humildad, pobreza, benevolencia, mansedumbre, castidad, diligencia, sobriedad. El hombre, sin Dios, no es, queda vacío, mientras que, unido a Dios, es: queda lleno de luz, de paz, de bondad y de vida. Los seres humanos que están más cerca de Dios son los niños, por su inocencia, y los ancianos, por su experiencia.

El Espíritu Santo, regalado por el Hijo, es quien ayuda al hombre a hacer la voluntad del Padre, a rechazar la seducción del pecado. Por eso, el hombre cuando nota que domina dentro suyo alguna inclinación perversa debe recurrir en seguida a Dios para superarla. El mero hecho de repetir una breve jaculatoria con fe convencida el tiempo que haga falta, basta para salir de la tentación del maligno: “Dulcísimo Corazón de María, sed la salvación mía”. Oraciones preventivas muy potentes son: el Rosario a la Santísima Virgen María, la Coronilla a la Divina Misericordia o el Rosario a San Miguel Arcángel.

1.13. Procreación y educación de los hijos

La procreación —o cooperación humana al amor creador de Dios— no se limita al engendramiento. Ni tampoco se reduce como suelen creer los padres a velar por el crecimiento físico e intelectual de sus hijos, sino que, por encima de todo, consiste en tener cuidado de su progreso espiritual (santidad). Formar una persona es mucho más que alimentar su cuerpo o su inteligencia, es hacer de ella una imagen viva de Dios, en la fe y en el conocimiento del Hijo, hasta llegar a «formar el hombre perfecto, a la talla propia de la plenitud de Cristo» (Ef 4,13).

Los padres tienen el deber de educar a sus hijos, a quienes han dado la vida. Es ésta una tarea difícil por la razón de que todo hombre llega a este mundo con una “tara” heredada de las generaciones anteriores, que es una fuerte inclinación al amor propio. Así, en la tarea de educar a los hijos, es erróneo creer que son ángeles, como páginas en blanco, que dependen de la influencia positiva o negativa del entorno, sino que ya llevan dentro suyo toda una serie de condicionamientos positivos y negativos.

Antes de educar a los hijos, los padres deben ponerse bajo el influjo benéfico de Dios. Pues, sólo desde la disposición interior de amor que proviene de Dios, los padres pueden conducir convenientemente a los hijos, quienes, ya de bien pequeños, manifiestan conductas egoístas. Pero, además, con el fin de formar personas equilibradas, maduras, lo tienen que invocar a menudo y pedirle ayuda, pues, lo que no puede el hombre, “para Dios nada hay imposible”.

Tres son las vías educativas básicas de que disponen los padres para hacer participar a sus hijos de la santidad de Dios:

1ª El ejemplo: «Os he dado ejemplo para que, tal y como yo he hecho, lo hagáis también vosotros» (Jn 13,15).

2ª La instrucción: «Toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en el bien» (2Tm 3,16).

3ª La corrección: «¿Tienes hijos? Edúcalos, acostúmbrales a obedecer desde pequeños [...] y no te muestres indulgente» (Sir 7,23-24), «que no tengas que sufrir [cuando sean mayores] la afronta de una conducta vergonzosa» (Sir 30,13). «Cierto que ninguna corrección es, en el momento, agradable, sino desplacante; pero luego produce fruto apacible de justicia a los ejercitados en ella» (He 12,11).

A pesar de que existen estas tres vías, hay que tener presente que la educación es, al fin y al cabo, «obra del Padre, de quien recibe el nombre toda familia, el cual, con la fuerza de su Espíritu, por la fe, hace habitar el Cristo en el corazón de los fieles» (cf. Ef 3,14-17).

No hay ninguna fórmula secreta para educar bien a los hijos; la única forma es amarlos continuamente, buscar en todo lo posible su bienestar y su santidad, cada cónyuge con las capacidades que Dios le haya dado. De todo el amor que habrán recibido después ellos serán capaces de dar. Y por supuesto, en todo momento hay que ponerlos en manos de Dios para que les vaya llevando por el buen camino, o, mejor dicho, por los caminos de santidad que su divina providencia tenga prevista para ellos.

El modelo de amor entre padres e hijos es la Santísima Trinidad, en la que Padre e Hijo se aman eternamente en el Espíritu Santo. El Padre se recrea en el Hijo y viceversa. Son simultáneamente felices, en el mutuo amor, en la mutua entrega, en la comunión de ambos por el Espíritu Santo. Amar es participar de la vida de amor que hay en la Santísima Trinidad; unirse a la persona del Hijo a través del Espíritu Santo por la fe y el bautismo, con el fin de amar a Dios Padre y a todos sus hijos (hermanos entre ellos), o sea, a la humanidad entera.

1.14. Honrar padre y madre (Ex 20,12; Da 5,16)

La paternidad humana —como la divina— se arraiga y se justifica en el amor. Exige más que dar, darse: dedicar tiempo y atención a los hijos, por tal que estos puedan madurar armónicamente. De hecho, muchos desequilibrios psíquicos,

morales o espirituales de los hijos provienen del desinterés —y hasta del abandono— de los padres: «La bendición del padre hace fuerte la casa de los hijos, pero la maldición de la madre derrumba sus cimientos» (Sir 3,9).

Al mismo tiempo los hijos deben obedecer y respetar a sus padres en señal de amor y de agradecimiento:

Haz caso, hijo mío, del magisterio del padre, no rechaces la instrucción de la madre. (Pr 6,20)

Hijos, obedeced a vuestros padres (Ef 6,1).

La obediencia no incluye de ninguna manera la transgresión de los mandamientos de la Ley de Dios. En este caso no solamente es justo desobedecer, sino que es necesario y obligatorio.

Obedecer, aunque cueste, es amar. No debe sobrepasar las propias fuerzas:

Padres, no irritéis a vuestros hijos. (Ef 6,4)

Honrar a los padres es motivo de santidad:

Quien honra el padre expía los pecados; quien hace honor a la madre es como quien reúne un tesoro. (Sir 3,3-4)

Y también cuestión de justicia:

Honra a tu padre con todo tu corazón y no olvides los dolores que tu madre ha sufrido por ti. Recuerda que has nacido gracias a ellos: ¿cómo les vas a pagar lo que han hecho por ti? (Sir 7,27-28)

[Los hijos] son los primeros que deben de aprender a comportarse piadosamente con la propia familia y satisfacer la deuda que tienen con quien les ha dado la vida. (1Tm 5,4)

Hay ancianos que se encuentran en formas inaceptables de abandono que son fuente de gran sufrimiento para ellos y de empobrecimiento espiritual para las familias. Su presencia benéfica a veces solamente es apreciada cuando faltan. Aunque depende de las circunstancias de cada uno, la familia tiene el deber moral y espiritual de integrarles en su comunidad, de tratarles con amor y respeto, de asistirles y de favorecer en ellos la actividad:

Levántate ante el anciano y honra sus cabellos blancos; así reverenciarás a tu Dios (Lv 19,32).

Hijo mío, acoge a tu padre cuando sea viejo. Si pierde el juicio, sé comprensivo; no lo trates con menosprecio, tú que te encuentras en la plenitud de tus fuerzas. (Sir 3,12-13)

1.15. Familia, Iglesia y sociedad

La familia es la célula básica de la sociedad. De su armonía y paz depende la armonía y la paz sociales. Entre sus miembros debe haber amor, respeto, comprensión y servicio.

El modelo original de la familia es Dios mismo en su misterio trinitario —como comunidad de personas—. El ideal de las familias es llegar a una compenetración total entre sus miembros, como la que existe entre el Padre y el Hijo en el Espíritu: «Yo y el Padre somos uno» (Jn 10,30).

La vinculación que se establece entre Dios y la Iglesia es familiar, de Padre a hijos, y todos somos hermanos en Cristo, el Hijo único del Padre, gracias al Espíritu Santo. Todos los bautizados, aunque no lo sepan, forman parte de la Iglesia, están unidos a Cristo esposo, tienen la condición de hijos adoptivos del Padre, pero no son miembros vivos de la Iglesia si no tienen fe, esperanza y amor. La verdadera familia de Jesús son quienes, a imagen y semejanza suya, por obra del mismo Espíritu, hacen la voluntad del Padre (cf. Mc 3,35): aman, se comportan de acuerdo con los mandamientos de Dios (cf. 2Jn 1,6).

La familia cristiana participa en múltiples y diversas maneras de la vida y misión de la Iglesia: el testimonio de vida, el anuncio del evangelio, el culto litúrgico, la recepción de los sacramentos, la práctica de oración, las obras de caridad, la promoción de las vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada, la pertenencia a grupos, movimientos y asociaciones de laicos, el compromiso social, etc.

2. MORAL SEXUAL

2.1. Introducción

Antes del matrimonio, en el tiempo de noviazgo, los futuros esposos se pueden preguntar sobre la licitud moral de prácticas hoy ampliamente extendidas y aceptadas: la masturbación, el acto sexual prematrimonial, las parejas de hecho, los matrimonios a prueba, etc.

Todas ellas son opciones imperfectas, no por ningún capricho, sino por razón de su propia naturaleza. En su valoración moral no existe ningún interés particular, ni de reprimir o de limitar la libertad humana. Sencillamente, bajo el amparo de la luz divina, el intento de hacer brillar la verdad, que es exigente, pero a la vez lo mejor para el hombre y el bien común. Si alguien es pecador, yo soy el primero.

En la encíclica *Humanae vitae* el papa Pablo VI muestra su resentimiento en tener que delimitar claramente lo que es bueno y lo que es malo en materia sexual: “Nunca hemos sentido como en esta coyuntura el peso de nuestro oficio ante el dilema de una condescendencia fácil o de una sentencia mal soportada, pero hemos puesto nuestra conciencia en la plena y libre disponibilidad de la voz de la verdad”. Y el motivo de esto, como dice Mons. Ramon Masnou en la *Reflexión sobre el plebiscito eclesial*, es que la Iglesia, que conoce la Palabra de Dios, que tiene la misión de orientar y de proteger a los fieles, no puede dejar que se confunda a la población difundiendo actitudes y conductas que afectan la verdad, la bondad y la paz. Hacerlo sería una claudicación cómoda, pero grave de responsabilidad.

Tres máximas de Jesús son lo bastante contundentes y taxativas como para ayudar a entender la posición restrictiva de la Iglesia en cuestiones de sexualidad ante ciertas acciones pecaminosas:

Entrad por la puerta estrecha, porque es ancha la puerta y amplio el camino que conduce a la perdición, y son muchos los que entran en ella. Pero es estrecha la puerta y angosto el camino que conduce a la vida, y son pocos los que lo encuentran. (Mt 7,13-14)

Todo aquel que mira la mujer del otro con deseo de poseerla, ya ha cometido adulterio con ella en el corazón. (Mt 5,28)

Entonces se le acercaron unos fariseos. [...] le preguntaron si le está permitido a un hombre divorciarse de su mujer. Jesús les dijo: [...] el hombre abandona al padre y a la madre para unirse a su mujer, y ambos forman una sola cosa. [...] Lo que Dios ha unido, que el hombre no lo separe. (Mc 10,2-9)

Para vencer el pecado de lujuria —convertir la satisfacción del instinto sexual en acto de amor— hay que confesarse, recibir la Eucaristía y pedir a menudo que se dé el milagro de la curación o la liberación.

Vivir la virtud de la castidad supone ofrecer una flor preciosa a María, dar una alegría al Padre, dejar de perjudicar al Hijo y besar al Espíritu Santo que habita en nuestro cuerpo.

2.2. La masturbación

Contradice el recto orden de la sexualidad, que es cosa de dos. No hay relación, comunicación, amor. Aleja el yo de la realidad y lo ata a un mundo de ensueño. Es un desperdicio de esperma cuya utilidad es servir para engendrar una nueva vida humana. No hace sino aumentar los sentimientos de tristeza, de insatisfacción y de vacío. Puede conducir a una fijación obsesiva y encadenar a un vicio invencible, de no ser por una gracia especial de Dios.

Tiene su razón de ser por diversos motivos, que pueden ser concurrentes: un desahogo de la lívido; una fuerza seductora o atracción de tipo erótico que no se llega a dominar; una imperiosa necesidad de abandonarse en las manos del placer como compensación o castigo por las limitaciones y fracasos personales; un falso intento de evadirse o escapar a la angustia o ansiedad por los problemas y conflictos presentes, no resueltos; una manera ilusoria de encontrar alivio a la dolorosa falta de relación sensitiva-afectiva con otra persona en concreto, etc.

2.3. El acto sexual prematrimonial

Presupone una comunidad de vida y de amor entre hombre y mujer que no está garantizada, ya que todavía no se ha instaurado, por el hecho de no haberse producido la entrega total del uno al otro en el sacramento del matrimonio. Es capaz de convertir a los novios en padre y madre, en cuyo caso estarían unidos por un hijo, cuando no están indisolublemente unidos entre sí².

2.4. Las parejas de hecho

El amor entre hombre y mujer es frágil. En las parejas de hecho hombre y mujer confían en sí mismos para mantener vivo su amor y estar unidos entre sí. En cambio, en el sacramento del matrimonio es Cristo quien da los esposos el uno al otro para toda la vida y es Él mismo que se hace cargo de la estabilidad de su unión. El amor de Cristo, que es amor fiel e indisoluble a la Iglesia, es el don permanente que reciben los esposos, la garantía de su unión amorosa para siempre.

² Cf. Antonio SICARI: Breve catequesis sobre el matrimonio. Madrid, 1995, pp. 85-86.

2.5. Los matrimonios a prueba

Comprometerse con el otro en la unión de los corazones y de los cuerpos pero solamente por un tiempo o bajo la reserva de los cambios aleatorios de la vida, no es vincularse a la persona en su totalidad, sino solamente a una dimensión parcial y transitoria de su ser, o sea, no es amor en el sentido auténtico de la palabra³.

2.6. Otras problemáticas

A pesar de que no son del mismo alcance social que las tres anteriores (no afectan a un gran número de matrimonios y familias), también son relevantes y conviene conocer la perversión que esconden detrás:

2.6.1. El acto homosexual

Antes que nada, hay que aclarar que ser homosexual no es nada malo, siempre y cuando no sea un capricho de la voluntad, sino una inclinación natural de la sexualidad. De aquí que sea factible la relación de amistad entre homosexuales. Lo que está desordenado es el vínculo matrimonial entre homosexuales (propio de las personas heterosexuales), y en concreto, el acto homosexual, el cual:

Niega la diversidad interior del amor, la diferencia de sexos, y por ello, la fecundidad. Las personas no son heterosexuales sino del mismo sexo, con lo que el acto sexual se produce de forma anómala y no puede conducir a un tercero⁴. Es un atentado a la complementariedad sexual entre hombre y mujer y su unión creadora.

Si la mera tendencia fuera criterio suficiente para hacer apta una conducta, la moral quedaría reducida a un biologismo brutal y anárquico. No todo lo que la carne pide es bueno. Además, no se debe olvidar nunca que Cristo es el liberador absoluto de toda atadura inadecuada: «no permitas que caigamos en la tentación, y libéranos del mal» (Mt 6,13).

El homosexual que se esfuerza a mantener una relación heterosexual demuestra que el amor interpersonal es más grande que la atracción sexual.

2.6.2. Las relaciones extraconyugales

Se oponen a la entrega total de una persona a otra, en un compromiso radical de la libertad⁵. Son una grave ofensa a la fidelidad conyugal. Es la traición del cónyuge adúltero para con el cónyuge víctima (del adulterio).

³ Cf. André LÉONARD: La moral sexual explicada a los jóvenes. Madrid, 1994, p. 68.

⁴ Cf. *Ibíd.*, pp. 42-43.

⁵ Cf. *Ibíd.*, p. 48.

2.6.3. La inseminación artificial y la fecundación *in vitro*

No son lícitas pues impiden la perfección de la procreación que es fruto del acto conyugal, y no de una sucesión de operaciones técnicas separadas de los gestos de amor⁶. Los procedimientos son válidos cuando no sustituyen el acto conyugal, sino que ayudan a que por sí mismo logre la procreación.

Hay que tener presente que la adopción de niños huérfanos y abandonados es una alternativa solidaria, socialmente beneficiosa, que permite superar de modo ejemplar la esterilidad conyugal incurable.

2.7. Algunas observaciones

En relación a todos estos comportamientos descaminados, como afirma el Papa Juan Pablo II (cf. *Veritatis Splendor*, 81b), una buena intención o determinadas circunstancias particulares, pueden atenuar su vileza, aunque no la puedan suprimir.

El primer y principal medio para vencer los pecados de impureza no es el esfuerzo personal, sino la súplica de la gracia divina, la oración persistente al Padre: “Señor, en nombre de Jesús, os ruego nos deis la virtud de la castidad a nosotros, viciados lujuriosos, para ser del todo libres de la mirada lasciva y de la codicia sexual”, u otra plegaria parecida. Con el tiempo se verá que la fuerza de las tentaciones va menguando y que la libertad va en aumento hasta vencer el vicio de la lujuria con la virtud de la castidad.

Hay dos ejercicios de la mente especialmente útiles para escapar de la tentación. Uno es ser permanentemente consciente de la presencia de Dios en el cuerpo (templo del Espíritu Santo), primero, para estar más unido a Él, segundo, para no ofenderle, y, tercero, para pedirle ayuda, de la forma que se quiera, el tiempo que haga falta, hasta que desaparezca la tentación: repitiendo el nombre de “Jesús” (el que salva) con total confianza, o la letanía mariana: “Madre castísima, ruega por nosotros”, o haciendo la señal de la cruz –de por sí, liberadora– con fe convencida, e invocando siempre a San Miguel Arcángel, príncipe de la Iglesia, principal enemigo del maligno: “Defiéndenos en la lucha. Sé nuestro amparo contra la perversidad y las acechanzas del demonio”. El otro es tener insistentemente la mirada puesta en Jesús crucificado, y creer de todo corazón que “Él está así por mis pecados de lujuria”. Meditar regularmente en Jesús desnudo, deshonrado, maltratado y crucificado es apropiado para disuadir de cometer actos impuros.

Para vivir la pureza en el cuerpo, además de confesarse a menudo (mensualmente), hay que esperarlo todo del Cuerpo purísimo de Cristo, que se recibe en el sacramento de la Eucaristía⁷ durante la Misa (cada domingo y fiestas de precepto).

⁶ Cf. *Ibíd.*, pp. 63-66.

⁷ Cf. *Ibíd.*, pp. 111-112.

2.8. Confianza en la misericordia del Señor

El amor de Dios es más grande que el pecado del hombre y su fidelidad más grande que todas sus infidelidades. La confesión en el sacramento de la Penitencia es dar la oportunidad de amar, de restituir la amistad, de perdonar los pecados, de curar las heridas. En lugar de desanimarse, es preciso confiar en la misericordia de Dios, tal y como lo hacía el Padre Pío de Pietrelcina (cf. *Buenos Días*, Madrid, 2005):

Si quedar en pie dependiera de nosotros, con seguridad que al primer soplo caeríamos. Confiemos siempre en la conmiseración divina y experimentaremos cada vez más lo bueno que es el Señor.

Dios quiere que nuestras miserias sean el trono de su misericordia, y nuestra incapacidad, la sede de su omnipotencia. Tengamos el corazón orientado hacia el cielo y esperemos de allí el rocío celestial.

Pongamos nuestro corazón en el Señor, pero no a base de esfuerzos sino de gran confianza en su misericordia y bondad.

Yo siento cada vez más la imperiosa necesidad de entregarme a la misericordia divina y de poner solamente en Dios toda mi esperanza.

2.9. Testimonio sorprendente de conversión

Ah, yo querría que nadie hiciera lo que necia y locamente hice yo, que los jóvenes y todavía más las jóvenes atendieran mi clamor.

¡Vigilad! Cuidado con ceder la primera vez, pues después es muy difícil detenerse en esta pendiente resbaladiza del placer. Se empieza por poco, se entrega a la pasión titubeando la primera vez, ya la segunda con menos miedo, y luego se rueda insensiblemente muy hondo.

Si tuviera forma de hacerme escuchar por todas las jóvenes, les gritaría: ¡Sed celosas de vuestro corazón, no lo deis al primer pretendiente! ¡Sed celosas de vuestra pureza, la joya más preciosa que poseéis!

A medida que crece el pecado menguan las fuerzas para poder vencer, para rectificar, para volver atrás. Existe como una impotencia para salir del mal. Ciertamente, la oración sería la manera de reaccionar, pero cuando las malas pasiones han triunfado, la desgana y el desánimo anulan este recurso.

Yo confieso que ya no tenía esperanza. Estaba segura de mi condena. Por eso me entregaba más a los placeres, a una vida de locura, para olvidar los remordimientos y alejar de mí el recuerdo de la muerte.

Pero hasta entonces la Virgen escuchaba mi súplica: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén». Y un día, oh misericordia de María, me sentí invadida por una fuerza viva para salir del pecado, confesar las culpas y cambiar de vida. La Virgen Santísima había obrado el milagro de mi conversión. ¡Ella me salvó!

2.10. Vital de Gaza, un santo ejemplar

Tenía sesenta años cuando, consciente de que las mujeres de mala vida también eran llamadas a poseer el Reino del cielo, resolvió ayudarlas. Salió de Gaza (Palestina) donde vivía, y se dirigió a Alejandría (Egipto) a los lugares donde las desventuradas ejercían su oficio.

Era bueno y misericordioso con ellas. Se fijaba en la que parecía más triste, se acercaba a ella y le ofrecía el doble de su ganancia a cambio de pasar juntos la noche. Si se hacía el trato, la llevaba a su estancia, le explicaba la historia de la oveja perdida, le hablaba de la alegría de la pureza, rezaba con ella y, a menudo, conseguía que cambiara de vida.

El Obispo, alertado por algunos devotos que decían estar escandalizados, ordenó su encarcelamiento. El suceso disgustó a las prostitutas, que fueron cada noche a protestar a las puertas del palacio episcopal en favor de su amigo. Como no le dejaban descansar, el prelado decidió informarse, descubrió la verdad y lo liberó de inmediato.

Vital murió a manos de un explotador de mujeres por una cuchillada en plena calle. Malherido, consiguió llegar a su aposento, y dejar escrita una tabla que se encontró cerca de su cadáver: «Ciudadanos de Alejandría y de otros lugares, no esperéis a mañana para convertirnos, pero esperad al día del Juicio para juzgar».⁸

⁸ Cf. Omer ENGLEBERT: El libro de los santos. Madrid, 1999, p. 23.

3. SÍ A LA VIDA

3.1. Introducción

No sé si te das cuenta que la vida humana es atacada, menospreciada en los medios de comunicación social. La vida de los no nacidos, de los discapacitados y de los ancianos, corre peligro. Eslóganes como “pásalo bien” y “no te líes” suenan en el ambiente. Todo esto no ayuda a ver la claridad luminosa de la vida humana, la maravilla de la capacidad humana de procrear.

Dar la vida es la mayor obra que puedes hacer, el mayor bien que puedes comunicar y el premio más grande que podrás recoger. Los hijos serán para ti un reclamo permanente de entrega, el camino más seguro de tu santidad, y en el transcurso de los años, al ir desarrollando y manifestando sus cualidades esenciales, la fuente más grande de júbilo y complacencia personal. La vida es el tesoro más sublime que tienes, no para guardar, sino para compartir, y la oportunidad de estar sanamente orgulloso de ella.

Una hija envió esta misiva a sus padres en motivo de la celebración de sus cuarenta años de casados⁹:

Gracias, padres, por lo generosos que habéis sido en tener tantos hijos: dieciséis. Gracias por la educación que nos habéis dado, enseñándonos ya desde pequeños a no quejarnos, a amar generosamente a los demás y a sacrificarnos por ellos, a llenar nuestro tiempo con un horario y un orden. Gracias por la alegría y el afecto que nos habéis dado. Gracias porque nunca hemos sido testimonios de una pelea vuestra. Gracias por habernos dado una gran fe y confianza en el Señor y en su madre Santa María. De verdad que tenemos problemas y penas, pero también es verdad que somos muchos para llevarlas y el peso queda repartido. Desde estas líneas os quiero rendir homenaje público, una de vuestras hijas que no pudo estar presente en vuestro cuadragésimo aniversario.

3.2. Grandeza de la vida humana

Estamos en un momento en que parece que a la conciencia general de la sociedad le cuesta admitir el respeto absoluto que merece la vida humana en cualquiera de sus fases. Y hasta se advierte en los medios de comunicación de masas la pretensión de inculcar la licitud y bondad de prácticas claramente inmorales, contrarias a la vida y nocivas para el hombre, como la contracepción, el aborto y, últimamente, la eutanasia.

⁹ Cf. Julio EUGUI: Nuevas anécdotas y virtudes. Madrid, 1995, p. 9.

A tal despropósito, ¿qué se puede decir? Posiblemente sería suficiente meditar el testimonio sorprendente de una alumna de solamente 7-8 años en educación primaria. Se acercaban las fiestas de Navidad y le pregunté qué le había pedido al Niño Jesús. Al principio no la entendí y se lo hice repetir. Me lo esperaba todo, menos lo que me dijo. Al Niño Jesús le podía haber pedido una muñeca, una bicicleta, un *game boy*, pero no, ella le pidió un hermano. Sí, ¡ella quería un hermano!

Y es que los niños saben valorar lo que es más importante: la existencia de un nuevo ser humano. Pues, ¿qué puede tener más valor que una nueva persona humana creada a imagen y semejanza de Dios y destinada a la bienaventuranza eterna? El hombre puede hacer muchas cosas en la vida: puede construir un rascacielos de quinientos metros de altura, puede dar diez vueltas a la luna, puede llenar siete veces el caudal de un pantano, pero no hay nada más grande que dar la vida a otro ser humano:

¿Qué es el hombre? [...] Casi lo has convertido en un dios, lo has coronado de gloria y majestad (Sl 8,5-6).

3.3. Procreación: prolongación del amor

Hombre y mujer son capaces de concebir hijos. Es natural que deseen hacerlo, que quieran disfrutar de la presencia de otras personas a las que amar y de las que tener cuidado.

Es normal que los padres que disfrutan del amor horizontalmente quieran prolongarlo verticalmente en nuevos seres humanos. La vida de amor que viven los padres, fuente de dicha, no se la quieren quedar para ellos, sino que la quieren extender y propagar en sus hijos. Es la alegría de dar la vida y el amor a otras personas, que están llamadas a vivir eternamente felices en el reino de Dios. ¡Qué importante es llegar a nacer, a ser!

Y en ello los padres son colaboradores del don de Dios: usan la capacidad procreadora que han recibido de Él y ocasionalmente engendran nuevos seres humanos, pero no pueden por ellos mismos hacer personas humanas, ya que es Dios quien, en el mismo instante de la concepción, infunde en el feto una alma racional, única e irreplicable, que irá creciendo en inteligencia y voluntad en conjunción con el desarrollo del cuerpo.

El amor que se profesan hombre y mujer es el fundamento esencial para transmitir la vida. La llegada de una nueva vida humana reclama el amor de sus padres.

3.4. Beneficios de la procreación

Estaba yo sentado en el tren cuando, por gracia de Dios, se me dio a ver un padre de familia de pie al final del pasillo meciendo a su hijo y diciéndole cosas con una paciencia que parecía infinita y una ternura que denotaba mucho amor. Era admirable. ¡Cuánta humanidad había en aquél gesto, cuánta santidad, cuánta proximidad a Dios!, semejante a Jesús, al cual le era sumamente grato *abrazar y bendecir a los niños* (cf. Mc 10,13-16).

La llegada de un neonato es un verdadero tesoro para toda la familia; supone una escuela de humanidad única e incomparable para padres, abuelos y hermanos, pero principalmente es un nuevo aspirante a ser hijo adoptivo de Dios, unido a Jesucristo, Hijo unigénito del Padre, por la fe en Él y el amor a sus hermanos, y como tal, a gozar de la bienaventuranza eterna que se vive en el seno de la Santísima Trinidad.

Cada nuevo hijo supone más entrega, más abnegación y más sacrificio para sus padres, pero a su vez también más madurez, más perfección y más capacidad de amar. Los hijos son para sus padres el mejor remedio contra el egoísmo y el mejor antídoto para no entregarse a una vida mediocre. El tener que estar pendientes de ellos (asistirlos, guiarlos, ayudarlos) les da una motivación para vivir con alegría, y les priva de sujetarse a perniciosas adicciones, como el alcohol, la droga, el sexo, la riqueza, la gandulería, etc., que les llevarían a la tristeza y al vacío.

No hay duda de que el mejor regalo que se pueden dar padre y madre —y que pueden dar a los hermanos— es un hijo, ya que sólo él, en el despliegue de sus habilidades y virtudes, puede ser motivo de gran alegría y satisfacción para ellos, una fuente de enriquecimiento personal, y una gran ayuda y consuelo en sus necesidades.

Una revista editada por la Fundación Síndrome de Down de Cantabria (vol. X, núm. 4) explica que Elsa, una chica con limitaciones mentales, se había provocado una infección en los ojos que no acababa de remitir. José Luis, su padre, la animaba a obtener la ayuda del Señor: «Solamente entrar en el templo, a mano izquierda, hay un Cristo en la cruz. Dirígete a Él y pídele que te cure». Ella fue muy decidida, pero cuando salió de la Iglesia se podía leer en su rostro que no había habido ninguna petición. «¿Qué ha pasado? ¿No has pedido a Jesús que te cure los ojos?». Elsa respondió así: «¿Cómo se lo podía pedir? ¿Has visto cómo los tiene Él?»

La llegada de un nuevo hijo es buena no sólo para sus padres sino también para sus hermanos. Cada nuevo hermano es una llamada a la solidaridad y al espíritu de servicio hacia los otros hermanos, y a su vez, un modelo de persona humana que les influye y mejora en su trato cotidiano con él. La presencia de varios hermanos en la familia evita que se sientan solos —no tengan con quién jugar— y posibilita que se vayan afianzando entre ellos conductas y actitudes de fraternidad.

3.5. Amor conyugal y procreación

La pareja humana hombre-mujer tiene una doble razón de ser: el amor recíproco y la procreación. Ambos sentidos (unitivo y procreativo) se ayudan mutuamente: el amor mutuo entre varón y hembra es el medio idóneo para acoger una nueva vida humana, y el nuevo ser humano es la motivación ideal para que se mantenga y crezca el amor entre padre y madre.

La Iglesia sostiene que ambos significados —unitivo y procreativo— no se pueden separar ni excluir sin que la institución matrimonial quede dañada.

Estudiando en concreto la relación entre amor y procreación, el Concilio Vaticano II afirmó que *el matrimonio y el amor conyugal están ordenados por su propia naturaleza a la procreación* (Gaudium et Spes, 50). Como consecuencia de esto Pablo VI dijo que *todo acto matrimonial debe permanecer abierto a la transmisión de la vida* (Humanae Vitae, 11).

La pareja hombre y mujer lleva inscrita en su sexualidad masculina y femenina la misma razón de ser: la comunión y la generación. Como ambos significados se implican y se reclaman mutuamente, y separados se corrompen, la regulación de la fecundación debería ser de manera que el acto sexual, supuesto su valor unitivo (de amor recíproco total), conserve su valor procreador (de apertura a la donación de vida).

El rechazo positivo de la apertura a la vida en el acto conyugal —por medio de métodos anticonceptivos— está en contradicción con el designio constitutivo del matrimonio y con la voluntad del Autor de la vida. Vivir, en cambio, el don del amor conyugal respetando las leyes del proceso generador —mediante la planificación familiar natural— significa reconocerse administradores, no árbitros, del plan establecido por el Creador (cf. Humanae Vitae, 13). Con el recurso a la anticoncepción en el acto conyugal se produce también la falsificación de la verdad interior del amor conyugal, llamado a entregarse en plenitud personal (Joan Pau II, Familiaris Consortio, 32). Los cónyuges salen perjudicados interiormente cuando por los medios anticonceptivos que usan en la realización del acto matrimonial son conscientes de que niegan su valor de entrega total, de la posible concepción de una nueva vida humana.

Para mantener siempre la posible conexión entre amor y procreación «solo hay dos modos fundamentales de limitar las concepciones: abstenerse totalmente de las relaciones sexuales o bien abstenerse de ellas solamente durante los períodos fértiles de la mujer, que son unos cuantos días en cada ciclo menstrual. Con esto se respeta la estructura natural del acto conyugal, es decir, la plenitud de la donación recíproca y la apertura a la vida»¹⁰.

¹⁰ Ana OTTE: Regulación natural de la fertilidad. Madrid, 2010, p. 14.

3.6. Paternidad responsable

No se trata de una obligación, sino de una vocación, una capacidad y disposición a responder a los dones y a la llamada de Dios¹¹, a conformar la conducta con la intención creadora de Dios (*Humanae Vitae*, 9).

Esto no significa tener hijos a ciegas, sin medida. «Por razones justas, los esposos pueden querer espaciar los nacimientos de sus hijos»¹². Éstas, en ningún caso, pueden ser compatibles con la opción por un estilo de vida acomodado, más centrado en los bienes que en las personas.

Imaginad cuando vuestros padres os mecían y os mimaban, y cómo se admiraban delante de vuestra vida: ¡Qué prodigio, es un don de Dios! Entonces entenderéis mejor que la unión de los esposos es por una obra común, que el amor conyugal va más allá de la simple comunión interpersonal¹³.

Ante una decisión tan grave como lo es aceptar o no que exista una nueva persona, los esposos deberán dialogar y reflexionar con la intención de formar un juicio recto. Deberán discernir si están preparados o no para tener un hijo, si le podrán ofrecer unas condiciones dignas de vida, si podrán dedicarle el tiempo y la atención que se merece, si serán capaces de amarlo como si del mismo Niño Jesús se tratara. Pero, en cualquier caso, siempre que sea posible, deberán emprender las acciones oportunas que les permitan recibir nuevas vidas (hacer un curso de formación matrimonial y familiar, buscar un nuevo trabajo más remunerado, sacrificar los propios gustos y aficiones para consagrarse más a los hijos, buscar la ayuda de Dios, que es Amor, para poderlos amar más).

Si existen serios motivos derivados de las condiciones físicas o psicológicas de los cónyuges, o de circunstancias sociales y económicas, que imposibilitan tener hijos durante un tiempo o indefinidamente, no es lícito utilizar medios anticonceptivos en el acto conyugal para hacer imposible la procreación, pero sí en cambio tener en cuenta los ritmos naturales inmanentes a las funciones generadoras para usar del matrimonio solamente en los períodos infecundos (cf. *Humanae Vitae*, 16). La opción de utilizar solamente los días a genésicos «no sólo no es mala, sino buena y obligatoria, cuando se recorre a éste método por fidelidad a la voluntad de Dios, que con “hechos graves” pide el aplazamiento o renuncia a un nuevo hijo»¹⁴.

3.7. Contracepción

Consiste en excluir la posibilidad de concepción en un acto conyugal que de por sí mismo podría ser fecundo, interfiriendo en los mecanismos biológicos de

¹¹ Emiliano JIMÉNEZ: Op. cit., p. 140.

¹² Catecismo de la Iglesia Católica, núm. 2368.

¹³ Cf. Narcís TIBAU: *Ens casem!* Terrassa, 1994, p. 30.

¹⁴ Emiliano JIMÉNEZ: Op. cit., p. 135.

fertilidad por medio de preservativos (condones y diafragmas, esponja o capuchón vaginal, anillos vaginales), dispositivos intrauterinos (DIUS), pastillas y otros métodos.

Se opone a la apertura del acto conyugal a la transmisión de la vida e impide la entrega total recíproca de los cónyuges. No tiene en cuenta la naturaleza y el ritmo de la procreación, que alterna largos períodos infecundos con un breve período fecundo.

No respeta ni se adecua al ciclo de la mujer en poner en cualquier caso un obstáculo a la fecundación y no discriminar los largos tiempos infértiles en los que se pueden tener relaciones conyugales de forma natural (hoy en día diríamos ecológica)¹⁵.

Los contraceptivos privan al acto conyugal de la posible concepción de un hijo cuando, de hecho, es innecesario (la mujer es fértil realmente no más de cien horas durante su ciclo), y se pueden aprovechar los largos períodos infecundos de la mujer para realizar el acto conyugal salvaguardando su apertura a la transmisión de la vida y la plena entrega de los esposos.

El Dr. Simó CASTELLVÍ, presidente de Médicos Cristianos de Cataluña, se expresa así en una carta publicada en *Catalunya Cristiana*:

«Me pregunto qué pasaría si la Iglesia aprobara la anticoncepción, si pusiera al mismo nivel medios naturales y medios artificiales. Pues que se posicionaría contra la ecología: aceptaría que a una mujer sana se le pudiera dar un medicamento con todos sus efectos secundarios, y se violentaría el derecho a la educación sexual, pues hoy en día es posible enseñar a detectar fielmente los pocos días fértiles del ciclo femenino: entregarse en los amplios períodos infértiles es una exigencia natural si no se pueden educar y mantener más hijos».

Los anticonceptivos, en obstruir y alterar los procesos normales de la procreación impidiendo que pueda darse la concepción, tienen efectos colaterales:¹⁶

Por lo que respecta al preservativo hay que saber que no es del todo seguro, y no evita totalmente que la mujer pueda quedar embarazada (sólo durante el período fecundo del ciclo menstrual) o que con más probabilidad pueda contraer el virus del SIDA (también en los períodos infecundos).

Por lo que se refiere al dispositivo intrauterino (DIU) hay que saber que, además de poder provocar algunas complicaciones molestas, puede fallar y, en este caso, llegar a ser abortivo en impedir que el embrión se implante en la pared del útero.

Cuanto a la pastilla hay que saber que, además de presentar numerosos efectos secundarios (náuseas, vómitos, jaquecas, pérdida o aumento de peso, cambios depresivos, hipertensión, riesgo de tromboembolia y de infarto de miocardio, de enfermedades en la vesícula biliar, de tumores en el hígado, de cáncer en los

¹⁵ Cf. Antonio SICARI: Op. cit., pp. 108-109.

¹⁶ Cf. JUAN PABLO II; Dr. J. BILLINGS: *El don de la vida y el amor*. Madrid, 1995, pp. 67-68, 97-98.

órganos reproductores¹⁷), tiende a la esterilización de la mujer, ya que suprime la ovulación y daña el cuello del útero impidiendo la secreción de mucosidad y perturbando su preparación para la recepción del embrión.

Vasectomía y ligadura de trompas «son métodos que requieren una intervención quirúrgica para destruir la fertilidad. [...] a pesar de producir una esterilidad prácticamente definitiva, su eficacia no es de un 100%»¹⁸.

3.8. Planificación Familiar Natural¹⁹

Es un modo natural de regular la procreación. Consiste en identificar el ritmo de los tiempos genésicos y a genésicos mediante métodos basados en la auto-observación, y a mantener o abstenerse de relaciones conyugales según si el tiempo es genésico o a genésico y se trate de conseguir o de evitar el embarazo.

La planificación familiar natural permite identificar el breve período fértil de la mujer y así facilitar la concepción a parejas que lo deseen y les sea difícil de conseguir espontáneamente.

Para abstenerse de tener hijos temporalmente o indefinidamente no es lícito utilizar medios anticonceptivos, que nieguen el valor procreador del acto conyugal, aunque sean los únicos conocidos. La naturaleza del ciclo reproductivo de la mujer contempla largos períodos infértiles que se identifican mediante métodos naturales como la observación del moco cervical o de la temperatura basal, los cuales permiten por motivos justos, cuando no es posible engendrar hijos, tener relaciones conyugales que no distorsionan el curso natural de la genitalidad humana ni alteran su sentido procreador, porque no hay intervención técnica u hormonal alguna.

El recurso a los ritmos naturales es la posibilidad de conocer y someter la fertilidad a la razón. Durante la ovulación el moco cervical es acuoso (deshilado, elástico, resbaladizo, transparente) y facilita el transporte espermático. Es una fase fértil. Antes y después de la ovulación la mujer se siente seca en el introito vaginal. Puede ser que no haya moco o que sea enjuto (grumoso, compacto, pegadizo, turbio). Son fases infértiles porque el moco, si existe, resulta un auténtico tapón para los espermatozoides²⁰.

¹⁷ Cf. Mercedes ARZÚ WILSON: Amor y familia. Guía práctica de educación y sexualidad. Madrid, 1998, pp. 360-361.

¹⁸ Ana OTTE: Op. cit., p. 66.

¹⁹ **Estos libros explican los métodos que se utilizan para la PFN:**

*Ana OTTE et alt.: Cómo reconocer la fertilidad. El Método Sintotérmico. EIUNSA. Madrid, 1998.

*Asociación BEITU: Reconocimiento de la fertilidad humana. Reglas del Método Sintotérmico. BETA III MILENIO. Bilbao, 2021.

*Dra. Evelyn BILLINGS; Dra. Ann WESTMORE: El Método Billings. PALABRA. Madrid, 2011.

²⁰ Cf. T. MELENDO; J. FERNÁNDEZ-CREHUET: Métodos naturales de la regulación humana de la fertilidad. Madrid, 1989, pp. 130-138.

En la planificación familiar natural hombre y mujer se entregan del todo, incluida su fertilidad, aunque no sea temporalmente activa. Respetan la apertura del acto conyugal a la transmisión de la vida. No tienen la sensación de que se ponga un obstáculo o se interfiera activamente en el ciclo de la procreación.

Lo que es moralmente negativo es instalar el no a la vida en la estructura misma de la sexualidad —masculina o femenina—, y no el tener relaciones físicas que de hecho serán infecundas cuando el vínculo estructural entre el amor y la fecundidad no produce sus efectos²¹.

La continencia sexual periódica, en la breve fase fértil, es algo positivo: libera del desahogo del sentimiento amoroso y de la búsqueda erótica del placer, favorece la dignidad de la mujer como sujeto a amar en lugar de objeto a usar. La disciplina de la continencia sexual no solamente no debilita el amor conyugal, sino que lo hace más libre y personal, aporta a la vida familiar frutos de serenidad y de paz, ayudando a superar el egoísmo, enemigo del amor verdadero (cf. *Humanae Vitae*, 21).

La difusión de la contracepción en lugar de la planificación familiar natural no se explica sino por la existencia de una industria lucrativa que defiende y promueve sus intereses particulares prescindiendo totalmente del orden natural (de lo que las leyes de la naturaleza señalan como óptimo para la persona y, en consecuencia, la comunidad humana).

3.9. Aborto

La dificultad para valorar la grandeza de una nueva vida humana se constata, sobre todo, en el aborto, que no deja de ser un «crimen nefando» (Concilio Vaticano II: *Gaudium et Spes*, 51), una ofensa a la dignidad humana y una provocación a la justicia divina: «¿Qué has hecho? ¡La sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra!» (Gn 4,10). En la conciencia de todos los hombres —bien formada— resuena la voz de Dios que dice: «No matarás» (Ex 20,13).

El embrión humano es un individuo estrictamente determinado —con un código genético propio— desde el mismo instante de la concepción, y no hay ninguna ruptura en su desarrollo hasta la muerte. Independientemente de las semanas o del mes, en el aborto lo que se elimina es el principio de una vida humana, un ser humano en proceso de crecimiento que no puede llegar a nacer.

El aborto es el fracaso del hombre que no reconoce en el otro a sí mismo, pues si fuera así no echaría a perder la incipiente vida del embrión. Todo partidario del aborto no se da cuenta de que él fue un embrión que fue respetado, y que no hubiera nacido si sus padres hubiesen abortado tal como él propugna que se haga, y ni siquiera hubiera podido defender el aborto, de la misma manera que un árbol no lo sería, si antes no hubiera sido una semilla.

²¹ Cf. André LÉONARD: *Op. cit.*, pp. 88-92.

Curiosamente el evangelio se hace eco de la vida personal que hay en las entrañas de la madre:

En cuanto Elizabeth sintió la salutación de María, el niño saltó dentro de sus entrañas y quedó llena del Espíritu Santo. Entonces gritó con todas sus fuerzas: - ¡Bendita eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tus entrañas! ¿Quién soy yo para que la madre de mi Señor me venga a visitar? Así como he oído tu salutación, la criatura ha saltado de júbilo dentro de mis entrañas (Lc 1,41-44).

La Madre Angélica, conocida franciscana de clausura, protagonista de un programa de televisión religioso en Estados Unidos y autora de numerosos libros y artículos, recibió una carta que decía así:

Madre, usted no lo recordará, pero hace cuatro años la llamé para que me salvara la vida; había intentado suicidarme dos veces. Sólo tardó un par de minutos en llegar a la esencia del problema; había abortado dos veces en el espacio de seis meses. Cuando se lo dije, sé que su disgusto fue tan grande como el mío. Sin embargo, me dijo algo curioso, que no estaba sola y que seguía teniendo dos hijos, a pesar de que hubieran pasado a mejor vida. Me dijo que les pusiera nombre y que les pidiera que rezaran por mí. Pues bien, dos años más tarde me casé con un hombre maravilloso, y el mes pasado di a luz a una niña a la que hemos llamado María Micaela. Sé que mi amor por ella es de una profundidad que nunca hubiera podido tener, de no haber sido por el perdón y por el poder de curación de Dios. He intentado prevenir a otras mujeres en contra del aborto, y seguiré luchando con el creciente amor por Dios y por la vida que usted me ayudó a encontrar (Hojas culturales).

Este trabajo hecho para tener ideas claras y concisas sobre las cuestiones fundamentales de la vida matrimonial y familiar tiene el inconveniente de cualquier libro que quiere mostrar el verdadero bien, que es tan deslumbrante que asusta. Pero debemos pensar en las palabras de Jesús: «La verdad os hará libres» (Jn 8,32), libres de la mentira. No quiero dejaros sin daros una luz más del Espíritu Santo: Dios Padre nos ama incommensurablemente, lo que quiere es nuestro bien, Él ya es perfecto. Por eso, nos ruega que seamos santos, que hagamos su voluntad. Jesús dirá: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado» (Jn 4,34). Con esta motivación tenemos que tomar todas las luces que contiene el libro. No es fácil, pero con la gracia de Dios todo se va consiguiendo.

Para acabar, quiero dar las gracias al Inmaculado Corazón de María, sin cuya intercesión no hubiera podido escribir este libro, y a Mosén Narcís Tibau y Ribot, quien me animó a escribir y publicar.

Que la gracia de Jesucristo, el Señor, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros (2Co 13,13).

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

1. JUAN PABLO II: Exhortación Apostólica *Familiaris Consortio* (La comunidad de la familia). SAN PABLO.
2. JUAN PABLO II: Carta a las familias. SAN PABLO.
3. SEMEN, Yves: La Sexualidad según Juan Pablo II. DDB.
4. SEMEN, Yves: El amor en la familia según Juan Pablo II. DDB.
5. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, XCIC Asamblea Plenaria (64): La verdad del amor humano. Orientaciones sobre el amor conyugal, la ideología de género y la legislación familiar. EDICE.
6. TOMÁS, Gloria M.^a: Cuestiones actuales de bioética. EUNSA.